

Anecdótico Moral

LA VACA DE SAN MEDARDO

A LOS SOCIALISTAS

Por el P. Miguel Selga, S.J.

Al abrigo cariñoso del castillo pudo muy legítimamente haber disfrutado de las comodidades del hogar paterno, donde un leude franco y una dama romana se desvivían por agasajar y educar a sus hijos. Medardo empero deseoso de mayor perfección, dejó el castillo de sus padres y se retiró a una soledad. Allí le hablaban de Dios las flores con sus colores y esencias, las frondas con sus murmurios, las aves con sus vuelos rápidos, el ruiseñor con sus deleitables gorjeos y el aire con su limpia transparencia. En aquella selva inextricable tenía Medardo una casa, un oratorio, una vaca, un huerto y una viña. Tan abismado vivía en la contemplación que, con frecuencia, Medardo se olvidaba de ordeñar la vaca y no se acordaba de vendimiar la viña, por más que negreasen los racimos. Un ladrón que andaba por aquellas selvas, tupidas de pinos, encinas y robles, se enamoró de la vaca de Medardo, que de veras era hermosa, de piel fina, patas delgadas y leche abundante. Una noche, al entrar en el establo, advirtió el anacoreta que su vaca había desaparecido: sin preocuparse más, se dirigió al oratorio, para entregarse a sus rezos. El ladrón había entrado sigilosamente, desatado al manso animal y huido con él a la espesura de la selva. Como el cencerro pudiera haberle delatado, lo había descolga-

do y metido en la alforja. Pero el cencerro seguía sonando, como si estuviese en el cuello pinto de la vaca. "Será por el movimiento de mi cuerpo, al caminar," decía el hombre en su interior, para tranquilizarse. No dejaba de molestarle aquel ruido impertinente. Cuando llegó al portal de su vivienda, tiró con rabia las alforjas, cansado de aquella música desagradable: pero el cencerro seguía sonando: metióle en un baúl y el cencerro sonaba todavía. Hizo un hoyo en el patio de su casa y allí sepultó el cencerro maldito. ¡Rediez! ¡Que aun desde el hoyo suena el cencerro! ¡I siempre, siempre, de día y de noche, en plena calma y contra vientos duros, en días claros y en días pardo-oscuros, a todas horas, se alzaba el sonido metálico, insistente, machacón, como el grito angustioso de un alma en pena, tin, tin, tin, tin, tin tin. Era para enloquecer. "Pero tu casa está embrujada", decían los vecinos. "Tu huerto está lleno de duendes", repetían otros. El pobre ladrón palidecía. Tenía el rostro demacrado, los ojos hundidos, el color amarillento. Una noche le dijo su mujer: "Tienes que desenterrar el cencerro, ponerle lo a la vaca y devolver el animal al hombre de Dios. Ya hace tiempo que no nos deja dormir tranquilos: que nos deje en paz." Mañana mismo, respondió él: en el mismo instante se calló el cencerro. Al día siguiente el buen hombre, vestido ya con ropa de viaje, se acercó a la vaca y la encontró tan mona que no tuvo valor, para cumplir su promesa. Otra vez el cencerro

empezó a sollozar su lúgubre tañido. El ladrón ya no pudo más: desató la vaca, puso el cencerro al cuello del animal y se presentó al solitario, pidiéndole perdón.

Tan cargante fue para el ladrón aquel tintineo de cencerro, como lo es para ti, amado Joven, el golpear incessante del remordimiento de tu conciencia, cuando, por satisfacer una pasión, faltas a tu deber. Ni el susurro de la selva, ni el bramido del huracán, ni el hoyo del huerto lograron apagar el sonido del cencerro, como ni las músicas de los salones de baile, ni las distracciones de las tertulias, paseos y deportes logran ahogar el timbre de aquella voz que impera en el fondo de tu alma. Sumisos a tu imperio, tus criados cumplimentaradas cederán al resaca de tus halagos: sólo tu conciencia se erguirá inflexible, sin querer dar el brazo a torcer, ni a los halagos de tus pasiones, ni a las amenazas de tu ira. Solamente el día en que el ladrón devolvió la vaca a Medardo, se vio libre de las angustias del tintineo: solamente el día en que tú, Joven Amado, devuelvas a Dios el homenaje que tus pasiones le han sustraído, te verás libre del remordimiento de tu conciencia.

Medardo vivió mil doscientos años antes que Proudhon lanzara sus invectivas contra la propiedad. En el seno de las naciones bárbaras que habían recogido la herencia del imperio Romano, el cristianismo era la única fuente de energía civilizadora. Al santo monje Medardo estaba reservada la gloria de defender el derecho de la propiedad, en medio de una raza acostumbrada a la violencia y al pillaje.